

DOMÉNICO CHIAPPE

Violencias

Voces de la violencia en España

PRÓLOGO

LA VIOLENCIA SE PERCIBE, como todo lo capaz de envolver e impregnar su alrededor. Como una peste. A veces se ve, se escucha, se huele. Otras, no. Pero siempre está allí al cerrar los ojos. Durante la preparación de este libro intenté definirla. Incapaz, traté de que otros dieran con un concepto de la violencia. No obtuve un enunciado categórico después de repetir lo que escuché de personas, como Ana, Ismael, Wafa, Lydia. Los diccionarios no van más allá de lo obvio (vivimos rodeados de la violencia obvia) y el Código Penal no ofrece una definición. Haga usted la prueba. Siéntese con sus amigos y saque el tema. Inquiera y procure obtener una respuesta. Qué es violencia y qué no lo es. ¿Alguna vez ha sido usted violento o ha sido agredido o ambas?

Aventuro que violencia es todo aquello que intenta doblegar la voluntad de alguien o causarle un daño permanente, y lo logra cuando es más fuerte que esa persona y lo que debería protegerle. ¿Encierra esta idea toda forma de violencia? No sé acotarla. Ante sus límites, balbuceo. Como la mayoría. Este libro transcurre también en esa frontera trazada por la subjetividad y la tolerancia, que influyen en la percepción, tanto individual como social. De la intimidación ambiental al salvajismo, lo que ayer se creía que no era, lo es hoy.

No intento aquí ensayar un tratado sobre la violencia. Este libro no es una digresión intelectual y sí una larga crónica periodística que reúne testimonios, obtenidos a través de entrevistas personales, para mostrar algunas de sus caras. Con absoluta realidad. Alizia, Gabriel, Leticia. Estas páginas no pretenden ser un catálogo total ni un

compendio de agresiones y destrucción. Sé que faltan muchos tipos de violencias, como la política y la terrorista, pero también descubre otras tantas que nos rodean, invisibles para la mayoría.

Estas páginas contienen una reunión de historias de personas que tenemos al lado. Vicky, Houda, Samanta, Samir, Celia. A pesar de su cercanía no solemos escuchar sus relatos desgarradores, aunque no victimistas. Unidos por la búsqueda de la redención, son capaces de remover y sorprender. En este libro conviven algunas de las historias que me sacuden cuando las encuentro, cuando las confronto, cuando las escribo y ahora, cuando las releo.

Aquí habla gente que se rebela, al instante siguiente de una agresión o seis décadas después. Anna, Luz, Miriam, Christina. Resisten con su voz a las formas de reducir al individuo a través de las distintas violencias. Porque quien cuenta se adueña del relato, una forma de mostrar entereza en una sociedad que, por una parte, alza la voz para acusar, pero, por otra, intenta silenciar algunos sometimientos. Desde lo individual en el espacio privado hasta lo institucional en el público. Estoy convencido de que la denuncia otorga poder a aquellos que se enfrentan a los recuerdos y vencen en el relato de la memoria. Nina, Tania, Asell, Sonia, M.

Las voces que se escuchan en este libro pertenecen a personas que entrevisté entre 2018 y 2025, como parte de mi trabajo en la agencia Colpisa del grupo Vocento. En modo directo, sin cuestionarios. De alguna forma compartimos una historia común. Como periodista siento el deber de ayudar a que sus voces tengan un amplificador. Como ser humano, firmo la empatía. En este libro, discutido largamente con el editor, se enhebran sus voces, para que se escuchen como una polifonía de nuestro tiempo más reciente. Con varios he hablado durante años y continúo el seguimiento, cuando lo permiten. Tienen mi teléfono personal y yo, casi siempre, el suyo. B., David, Raquel, Sandy.

En este volumen reúno sus voces liberadas de las convenciones que rigen los periódicos. En los reportajes publicados, las

entrevistas se editan para componer un texto que incluye las perspectivas de supervivientes, autoridades y expertos alrededor de un tema. El espacio es limitado y prima la estructura de la narración. Ahora se recoge lo que quedó fuera, en la medida de lo posible. Libretas y audios extraviados han imposibilitado que incluya algunas historias o que expanda otras. Las que sí están corresponden con fidelidad a sus ideas y palabras, aunque hay un trabajo de autor que organiza la oralidad y transforma una entrevista en un testimonio. Rosa, Carlos, Piedad, Rafael. En estos años también encontré otras tantas historias extraordinarias que, por estar fuera de los círculos de la violencia, no fueron incluidas en este volumen.

Con absoluto respeto, se dota a sus palabras de pericia narrativa, sin perder la fuerza y el estilo de su expresión. Saïda, Petra, L., José, A. Existe, desde luego, una edición que evita repeticiones, saltos temporales, muletillas y fragmentaciones. En esta conversión de una entrevista en literatura también se pretende la poética y la exactitud, que cada frase sea precisa y logre la reflexión del lector, con una dinámica que combina diferentes estrategias. En esta selección se evita redundar en algunos temas, lo que también hizo que varios testimonios quedaran fuera del libro. A pesar de su fuerza se solapaban con otros similares.

Durante los últimos siete años, desde la primera sentencia de La Manada de Pamplona hasta la Dana de Valencia, estas voces han encontrado espacio en las ediciones de *El Correo*, *Diario Vasco*, *La Rioja*, *El Diario Montañés*, *El Comercio*, *Las Provincias*, *Norte de Castilla*, *Ideal*, *Hoy*, *Sur* y *La Verdad*, interesados en la humanidad tras la actualidad. En las referencias de las historias aparece el título y la fecha del artículo tal y como se publicó por primera vez. Ante la variedad de formas de identificación pactadas con el entrevistado (desde el nombre completo hasta la eliminación de toda referencia), decidí identificarlos aquí con el nombre de pila, con una inicial o con el anonimato acordado en su momento. Para esta edición algunos pidieron modificar su identidad.

Como periodista que tiene el privilegio de entrar en lo más oscuro de unas vidas, sello el compromiso de no manipular ni tergiversar sus historias, sus opiniones ni sus perspectivas. También verifico los datos que proporcionan con fuentes independientes, documentos y otras bases de información disponibles. Pero, sobre todo, confío en sus testimonios, sin ingenuidad.

Las entrevistas originales sucedieron de diversas maneras. Algunas duraron horas y requirieron varias sesiones, mientras que otras apenas necesitaron un puñado de minutos. Perseguí historias durante meses y encontré otras por casualidad. En unas pregunté de forma directa, en otras bordeé con delicadeza el tema. Unas se hicieron con un café, otras por teléfono o videollamada. Pocos de los entrevistados tenían un discurso elaborado y la mayoría exteriorizó por primera vez su memoria bajo la instigación del periodista. C., Irene, Nani, Juane.

A veces los hechos se extraen de nebulosas mentales y requieren diez preguntas por párrafo hasta que, en ocasiones, se logra llegar a un punto en que las imágenes se deslizan hacia el redactor. Soy consciente de lo que implica reflotar recuerdos crudos y dolorosos. Al trasladarlos al texto, mi intención es también mostrar la complejidad de los seres humanos, mediante la reconstrucción fiel de escenas vividas, concentradas en un solo hecho o en un conjunto de acciones. En la entrevista se busca obtener detalles y ordenar los hechos en una cronología.

El autor tiene, en esa escritura, el poder de caracterizar al protagonista de forma simple o compleja, con la selección de sus palabras, pasajes y descripciones. Al hacerlo, convierte a una persona en personaje. Al asumir esa enorme responsabilidad, elijo la profundidad del sujeto, en un ejercicio de periodismo hecho con la mayor honestidad. En este libro, los testimonios están despojados de intromisiones exteriores y en ningún caso hay episodios morbosos.

Importa también el punto de vista, desde dónde se narra la historia. Esta decisión crucial desvela la intención de un autor para

ASELL

Era domingo y a las nueve y media de la mañana mi madre empezó a llamarme. Me dijo: ha pasado algo muy triste. Acaban de asesinar a Mateo. Salí de la habitación, no sabía dónde iba. Me dio por poner la tele, no decían nada, pero la gente me empezó a escribir, porque ya se estaban enterando. Cuando salió la noticia en el canal *24 Horas*, me duché y salí al pueblo. Se tarda cuarenta y cinco minutos en llegar. No me cabía en la cabeza que pasara eso en un pueblo de cinco mil habitantes [Mocejón, donde apuñalaron hasta la muerte al niño, de once años]. Solo sabía que en el polideportivo estaban su prima y su madre. Cuando llegué aún seguía el cuerpo de Mateo en el campo de fútbol y también toda la prensa, las ambulancias y la Guardia Civil. No dejaban pasar a nadie y una tía mía tuvo que salir a buscarme.

Mateo había subido con sus amigos a jugar al fútbol, hablaron con los monitores porque también había un torneo de pádel. Era una pachanga. Se me encoge el estómago cuando pienso en ese momento tan duro, que todavía duele, de verlo allí, víctima de un acto tan atroz y tan al azar, porque le pasó a él como le podía haber pasado a cualquiera.

Se llevaron su cuerpo al anatómico forense a las dos de la tarde. Hasta esa hora no nos fuimos. Mientras esperábamos la madre de Mateo dijo que su hija, de trece años, iba a venir al polideportivo con nosotros y que no quería que la grabaran. Como ella no estaba para hablar con los medios de comunicación y como yo era el periodista de la familia, me tocó. Salí, pedí respeto a nuestra intimi-

dad y que por favor se retiraran de la puerta, pues la madre pedía que no hubiese imágenes suyas. Me preguntaron quién era yo y les dije que era el primo de la madre de Mateo. Me pidieron unos totales y yo les conté lo poco que sabíamos: cómo nos habíamos enterado del asesinato. Fue por una de mis tías, que paseaba cerca de allí y se encontró a un chico que corría asustado. Le preguntó qué le pasaba y él le respondió que acababan de matar a su mejor amigo. ¿Qué dices, a quién?, le preguntó ella. ¡A Mateo!, respondió el niño. Han asesinado a Mateo. Eso fue lo que conté.

No era consciente del alcance mediático que iba a tener el caso. A las dos o tres horas del asesinato ya decían en redes sociales que en Mocejón había un hotel que recibía menas [menores migrantes no acompañados]. A las siete se convocó a un minuto de silencio y me pidieron que leyera un manifiesto. Los medios estaban en la plaza y me preguntaron mi opinión sobre el hecho de que el asesino pudiera ser un migrante. Ahí dije que no se criminalizara a nadie hasta que la policía y la Guardia Civil dieran con el culpable, que nos daba igual la raza, la religión o el credo, que se dejara trabajar a las autoridades. Cuando se abrieron los informativos a las nueve de la noche y salí pidiendo que no se criminalizara a nadie, empezó el ataque en redes sociales. Eran grupos ultra organizados que iban a por mí.

Mi vida era tranquila, centrada en mi trabajo. Como periodista doy visibilidad a personas que lo pasan mal y participo en proyectos que cuentan la realidad de diferentes países. Estoy muy sensibilizado con el tema de la migración y he aprendido a no romantizar la pobreza. Yo acababa de llegar del último viaje que había hecho con Misioneros por el Mundo, con el que estuve quince días en colegios y hospitales de comunidades indígenas. Había terminado de montar los programas pendientes y estaba de vacaciones.

Los ultras empezaron a investigarme y pusieron las fotos que tengo en redes sociales de los viajes de trabajo. Dijeron barbaridades, como que yo pertenecía a una red de trata de personas y el

NINA

A Jack lo adopté durante una relación de cuatro años. A mi ex lo conocí en el trabajo. Yo tendría treinta y él, cuarenta y cinco. Todo iba perfecto, maravilloso, hasta que decidí irme a vivir con él, al año. Se suponía que nos conocíamos. Ahí empezó a ejercer cierto control: con quién salía, qué hacía después del trabajo. Soy corredora y empezó a decirme que no le gustaba que fuera sola a entrenar, que me miraran con la ropa ajustada. Empezó así y acabó por aislarme. Los únicos planes que yo hacía eran con él o con él y sus amigos. Estuve dos años sin ver a mi familia. Lo único que tenía en esa ciudad era a él. Cuando vio que ya no había escapatoria, que no podía irme ni dejarle, empezó con las agresiones físicas.

El primer golpe no lo vi venir. Muchas veces, cuando he contado mi historia, me han dicho: ¿cómo no te diste cuenta de las señales? Por mi carácter, por cómo soy. Nunca pensé que fuera a llegar a esa escala de violencia conmigo, hasta que me vi en el suelo de un puñetazo. Cuando empezaron las agresiones físicas ya tenía a Jack. Antes de llegar el perro, a mí ya me pegaba y me anulaba como persona. Cuando el perro llegó a mi vida, yo no tenía nada. Lo adoptamos de mutuo acuerdo. Me concedió el capricho de tenerlo. Yo era la que lo quería. Lo busqué, lo recogí en una protectora. Cuando llegó el perro, me sentía muy sola. Lo que más recuerdo es ese sentimiento de soledad. Lo único que deseaba era su compañía y algo que querer, porque estaba sola.

Mi idea, lo que siempre había querido, era tener un perro cuando me independizara. Pensaba en tener un galgo, adoptarlo.

Adoptarlo por el historial de maltrato de esa raza. Buscando un galgo aparecieron unas fotos de mi cachorrito y me enamoré. Lo único que quería era ese perrito. Vinieron a casa a hacer una evaluación psicológica mía y de las condiciones en las que viviría el perro. Él no estaba. Al final me dieron el visto bueno y fui a recogerlo.

Para entonces yo aún no me había dado cuenta de que era víctima de maltrato. Cuando salí de casa y denuncié, y me alejé completamente de esa persona, estuve yendo a terapia y tardé más de un año en aceptar que había sido maltratada. No me reconocía como mujer maltratada.

Yo pasé a preocuparme solo del perro. Básicamente deposité todas mis fuerzas en su bienestar. Evadí mi mundo. Me preocupé de que no le pasara nada a él, que no fuera el motivo de que mi pareja explotara. Las agresiones se mantenían y el perro las veía. Si yo hacía algo que no le gustaba, al final se desataba y acababa agredíendome por cosas absurdas, como que el arroz no quedaba suficientemente suelto... excusas. Eran palizas continuadas. Sabía dónde golpearme para ocultar las marcas. En la cara muy rara vez me tocó. Sobre todo era en el torso. Con ropa no se me veían las agresiones. No fui a ningún médico pero seguramente alguna fisura de costilla tuve. Me golpeaba con sacos, con el cinturón.

No quería que el cachorro, por mear en el suelo, provocara esa ira. Yo volcaba toda mi atención en sus movimientos. Me preocupaba antes de que él le hiciera algo a Jack. A él le gustaba estar con el perro. Aunque me decía que no lo quisiera más que a él. Yo me lo tomaba a broma, pero esa broma era una amenaza, viéndolo en retrospectiva.

El perro le tenía miedo y se alejaba de él. Pero no vi que lo agrediera. Un día que me retrasé en el trabajo, porque él tenía controlado mi horario y mis descansos, me mandó una foto del perro bastante temeroso, en una posición acobardada, diciéndome que si se enteraba que estaba con otra persona y le engañaba, me encontraría al perro colgado de la ventana. Podría ser que le pegara

M.

En esa época falleció un familiar cercano en un accidente y me impactó muchísimo. Una amiga me dijo que los lamas ayudan a las personas que mueren para que tengan un buen tránsito y no se queden enganchadas. Me lo presentó y yo sentí que él había ayudado a mi familiar. Siempre quise devolverle lo que hizo por mí de forma desinteresada. Él tenía buen corazón. Al principio daba clases de yoga, que no quería cobrar, en bajos alquilados o en un colegio. Se ponía un dinero y se pagaba el alquiler.

Al año dijo que se iba a la India y nos devolvió el dinero que había sobrado. Todo era muy honesto. Estuvo un par de meses y cuando regresó nos explicó que, para beneficiar a más gente, quería comprar unas tierras. Si en vez de ir a la India con él, poníamos ese dinero para comprar el terreno, las clases serían gratuitas. Cada uno puso unos tres mil ochocientos euros y levantamos allí [en una parcela rústica en Murcia] un centro. Con nuestro trabajo pintamos y pusimos incluso suelo radiante. Empezamos a finales de 2007 y en 2008 ya estábamos allí instalados.

Lo que hablaba era muy coherente. Era la filosofía budista. A mí me interesaba el mundo del yoga y la meditación. Yo no buscaba un maestro, sino aprender para crecer personalmente. Algunos queremos ir más allá. Él te hacía entender que todo lo malo que ves en el maestro es una proyección tuya y tienes que purificar tu mente, porque está contaminada. Decía que eso lo debilitaba y si él enfermaba nos hacía responsables a nosotros, pues algo habríamos hecho. Él trabajaba con nuestro karma.

Al principio no era así. Hubiéramos salido corriendo todos. Era amable, cercano, un amigo, nos íbamos a cenar juntos... Poco a poco empezó a encerrarse y salía en éxtasis. Ahora entiendo que era efecto de las drogas y nosotros creíamos que era por su práctica. También hubo cambios en mí que no eran normales. Seguramente nos daba alguna droga. Que de repente tu corazón se abra y te pongas en gozo y creas que él tiene una energía especial, son efectos de las drogas. Lo sé ahora.

Conforme construyó el centro, empezaron los cursos intensivos y los retiros, de una semana o quince días, y las ceremonias con ayahuasca. Me aconsejó ir a varias con peyote, savia... Me exaltaba, tenía movimientos espásticos, parecía la niña del exorcista. Él me decía: se te están ajustando los canales.

Mi búsqueda personal era muy simple y conmigo misma. Ese señor nos dijo que nos entregáramos cada vez más y yo lo dejé todo, mi trabajo y mi forma de vida, para ayudarlo a él al cien por cien. Impartí clases de ayurveda en Madrid y Murcia, sin cobrar nada. Filtré mercurio diez meses en su laboratorio. Él lo metía en agua o leche y nos lo daba a beber. Decía que, si querías avanzar más para ayudar a los demás, lo tomaras, para ser mejor persona, ya que purificaba las cosas negativas y era un atajo para purificar mi porquería de dentro. Dijo que beberlo era voluntario pero que el que no aceptara se iba.

En las ceremonias nos ponía en la cabeza una corona de bolas de mercurio. Era como meterte en... era rarísimo. Tenía una bola más grande, como un huevo de avestruz, y la colocaba en medio. Eso hacía que te exaltaras mucho. Si encima hay droga, sales adorando a este señor. Por los síntomas, deduzco que nos daba éxtasis o LSD. Lo veíamos tan amoroso porque íbamos puestos hasta el culo, si no, ¿de dónde salía mi exaltación? Los efectos de las drogas son así. Mi pareja de entonces decía que estaba viendo a dios: «¿no veis qué hermoso es? ¡Está dentro de mí!». Él no tenía experiencia

REFERENCIAS

Los testimonios recogidos en este libro fueron publicados de forma parcial en los periódicos *El Correo*, *Diario Vasco*, *La Rioja*, *El Diario Montañés*, *El Comercio*, *Las Provincias*, *Norte de Castilla*, *Ideal*, *Hoy*, *Sur* y *La Verdad*, excepto los que figuran como inéditos.

Asell. Inédito. Entrevista de diciembre de 2024.

Nina. «La historia de Jack, el perro que salvó a su dueña cuando la estrangulaba su ex». 2 de junio de 2024.

M. «Las nuevas sectas en España, del *coach* económico al gurú espiritual». 11 de mayo de 2024.

David. «Cuando el límite no es el final». 1 de mayo de 2024.

Tania. «La peripecia de las prostitutas españolas en el Mundial de Catar». 24 de diciembre de 2022.

Irene. «Los jóvenes son los nuevos “sintecho”». 19 de octubre de 2024.

Christina. «Mujeres esterilizadas a la fuerza». 1 de diciembre de 2020.

Sandy. «Una mujer de 73 años viaja a España para casarse con Luis Miguel». 16 de marzo de 2024.

Manada. «El horror de una noche de verano». Reconstrucción a través de los hechos probados en las sentencias judiciales de lo ocurrido en Pamplona, el 7 de julio de 2016. 29 de abril de 2018.

C. «El estigma de los niños que sobrevivieron al cáncer». 20 de mayo de 2023.

B. «Vivir con el violador dentro de casa» y «El silencio oculta los abusos sexuales dentro del hogar». 3 de septiembre de 2019 y 5 de agosto de 2023.

Alizia. «Alizia siempre estaba ahí». 26 de mayo de 2022.

Sonia. «El dinero no repara la pérdida y de mi niño me acuerdo todos los días». 15 de noviembre de 2020.

La familia M. «“Encarcelados” en Barajas». 13 de enero de 2024.

Miriam. «El relato de los dos “infiernos” del asesinato machista». 24 de noviembre de 2021.

Saïdia. «Vivir con un desaparecido». 12 de noviembre de 2018.

Ismael. «Una novia irreal, un parricidio, cárcel y redención». 11 de marzo de 2023.

Chemsex. «Fiestas *chemsex*, drogas y sexo al límite». 23 de mayo de 2022.

Anna, Carlos y Rosa. «El silencio oculta los abusos sexuales dentro del hogar». 5 de agosto de 2023.

Madre e hija. «Dos generaciones atormentadas por un mismo maltratador». 25 de noviembre de 2018.

Rafael. «En el psiquiátrico he pasado hasta tres días sujeto con correas a la cama». 21 de enero de 2024.

Wafa. «La vida de Wafa». 17 de enero de 2022.

Luz. Inédita. Entrevista de noviembre de 2024.

M. J. R. «La vida circular de madres que fueron niñas tuteladas y sus hijas». 28 de marzo de 2022.

Lydia. «La vida circular de madres que fueron niñas tuteladas y sus hijas». 28 de marzo de 2022.

Foam. Inédito. Reconstrucción a partir de las sentencias judiciales de 2021 y artículos de medios de comunicación del País Vasco en 2019.

Maricarmen. «Me iba a lanzar al vacío». 8 de junio de 2024.

Iris. «En la mente de los asesinos condenados con la pena máxima». 2 de octubre de 2022.